

El territorio interior

# **El territorio interior**

YVES BONNEFOY

TRADUCCIÓN DE ERNESTO KAVI



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Este libro fue publicado con el apoyo de la  
Embajada de Francia en México/CCC-IFAL

Título original  
*L'Arrière-pays*

Copyright © Éditions Gallimard  
2003 para *L'Arrière-pays*  
2005 para el apéndice

Primera edición: 2013

Imagen de portada  
Piero della Francesca, *El triunfo de Battista Sforza*, detalle del  
panel posterior izquierdo del *Díptico del duque de Urbino*, ca. 1472,  
óleo, Florencia, Galleria degli Uffizi.

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2013  
París #35-A  
Colonia Del Carmen,  
Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
c/ Los Madrazo, 24, bajo A  
28014, Madrid, España.

[www.sextopiso.mx](http://www.sextopiso.mx)

Diseño  
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación  
QUINTA DEL AGUA EDICIONES

ISBN: 978-841-5601-61-6

Impreso en México



J'ai en esprit  
une phrase de Plotin  
— à propos de  
l'Un, me semble-t-il,  
mais je ne sais plus où  
ni si je cite correctement :

" Personne  
n'y marcherait comme  
sur terre étrangère ".

A menudo, un sentimiento de inquietud me invade ante las encrucijadas. Me parece que en esos momentos, que en ese lugar o casi: ahí, a dos pasos sobre el camino que no tomé y del que ya me alejo, sí, es ahí donde se abre un país de una esencia más elevada, donde habría podido vivir y que ahora ya he perdido. Sin embargo nada indicaba, ni siquiera sugería, en el instante de la elección, que tuviese que tomar esa otra ruta. Pude seguirla con los ojos, con frecuencia, y verificar que no conducía a una tierra nueva. Pero eso no me tranquiliza, porque sé que el otro país no es excepcional por el aspecto inimaginable de los monumentos o del suelo. No me agrada imaginar formas o colores desconocidos, ni la superación de la belleza de este mundo. Amo la tierra, lo que veo me colma, y en ocasiones llego a creer que la línea pura de las cimas, la majestuosidad de los árboles, la vivacidad del movimiento del agua en el fondo del cauce, la gracia de la fachada de una iglesia, porque intensas, en ciertas regiones, a ciertas horas, sólo pueden haber sido deseadas, y para nuestro bien. Esta armonía tiene un sentido, estos paisajes y estas especies son, inmóviles, quizá encantados, una palabra, y basta sólo con mirar y escuchar con fuerza para que el absoluto se declare, al término de nuestro error. Aquí, en esta promesa, está el lugar.

Y, sin embargo, es cuando he llegado a esta especie de fe que la idea del otro país puede apoderarse de mí con toda su violencia, y privarme de cualquier felicidad sobre la tierra. Porque, cuanto más convencido estoy de que se trata de una frase o, mejor, de una música —signo y substancia al mismo tiempo—, con mayor crueldad siento que falta una clave, entre todas aquellas que nos permitirían escucharla. Estamos desunidos,



El azul, en la *Bacanal con tañedora de Laúd...* (p. 10)

en esta unidad, y hacia aquello que presiente la intuición, la acción no puede desembocar ni resolverse. Y si una voz se eleva, por un instante clara en el rumor de orquesta, ah el siglo pasa, quien hablaba muere, el sentido de las palabras se pierde. Es como si, de los poderes de la vida, de la sintaxis del color y de las formas, de la espesura y de la iridiscencia de las palabras que repite sin fin la perennidad natural, no supiésemos percibir una articulación, entre las más simples sin embargo, y el sol, que brilla, parece oscurecer. ¿Por qué no podemos dominar cuanto existe, como al filo de una terraza? Existir, pero de otra forma, y no en la superficie de las cosas, en el meandro de los caminos, en el azar: como un nadador que se sumergiese en el porvenir para emerger luego cubierto de algas, y más ancho de frente, y de espaldas —¿riendo, ciego, divino? Algunas obras nos dan sin embargo una idea de la virtualidad imposible. El azul, en la *Bacanal con tañedora de Laúd* de Poussin, posee la tormentosa inmediatez, la clarividencia no conceptual que necesita nuestra conciencia como un todo.

Imaginando así, me vuelvo de nuevo hacia el horizonte. *Aquí*, un mal misterioso del espíritu nos golpea, o acaso es algún repliegue de la apariencia, algún defecto en la manifestación de la tierra, lo que nos priva del bien que puede darnos. *Allá*, gracias a la forma más evidente de un valle, gracias al relámpago un día inmovilizado en el cielo, o quizá —cómo saberlo— gracias a la existencia de una lengua más sutil, de una tradición salvada, de un sentimiento que no poseemos (no puedo ni quiero elegir), un pueblo existe, y en un lugar a él semejante reina en secreto sobre el mundo. En secreto, porque no concibo nada, tampoco aquí, que se oponga de frente a lo que sabemos sobre el universo. La nación y el lugar absolutos no están completamente desprovistos de la condición ordinaria como para que sea necesario, al soñar su existencia, rodearlos de paredes de ozono puro. Evocándolos apenas, aquí, los seres de allá en nada se distinguen de nosotros, supongo, si no es por la extrañeza poco pronunciada de un simple gesto, o por una palabra que mis semejantes, al comerciar con ellos, no quisieron profundizar. ¿No es siempre lo evidente lo que primero escapa? Pero si un azar me abriera a mí esa vía, quizá yo sabría comprender.

Es eso lo que sueño ante las encrucijadas, o un poco después —y me desconcierta todo cuanto pueda favorecer la impresión de que un lugar distinto, que como tal permanece, aparezca no obstante, y con cierta insistencia. Cuando un camino se eleva y me muestra, a lo lejos, otras sendas entre las piedras, otros pueblos visibles; cuando el tren se desliza sobre un angosto valle, en el crepúsculo, y pasa frente a unas casas en las que, de vez en cuando, una ventana se ilumina; cuando el barco sigue de cerca la orilla y el sol golpea una vidriera lejana (y una vez fue Caraco, donde los caminos —me dijeron— ya no llegan, devorados hace tiempo por las zarzas), pronto en mí nace esa específica emoción, y creo aproximarme, y me siento llamado a la vigilancia. ¿Cuál es el nombre de esos pueblos, allá a lo lejos? ¿Por qué aquel fuego en la terraza, a quién saludan así desde la orilla, a quién llaman? Por supuesto, al

llegar a alguno de esos lugares la impresión de haber «ardido» se disipa. Sin embargo, a veces por el ruido de unos pasos a lo largo de una hora se incrementa, o por una voz que sube hasta la estancia de mi hotel, a través de las persianas cerradas.

¡Y Capraia, durante tanto tiempo el objeto de mis deseos! Su forma —una larga modulación de cimas y planicies— me parecía perfecta, y mis ojos durante minutos enteros no podían apartarse de ella, al atardecer, casi siempre, desde que surgió de la bruma el segundo día del primer verano, y más alta de lo que creí que era, sobre el horizonte. Pero Capraia era parte de Italia, nada la unía a la isla donde me hallaba, y se decía que estaba casi desierta: toda dispuesta para que ese nombre, que la reducía a un puñado de pastores, a su errar sin fin sobre planicies rocosas a ras del cielo en el jazmín, el asfódelo (algunos olivos y algarrobos en las hondonadas), le confiriera la calidad de arquetipo y la fundara, para el pensamiento anhelante, como el lugar verdadero. Así fue por algunas estaciones, luego mi vida cambió, no volví a ver Capraia, casi la olvidé, y otros años pasaron. Y sucedió que una mañana tomé un barco en Génova, con destino a Grecia; y cerca de la tarde, bruscamente, sentí que algo me empujaba a subir sobre el puente y a mirar hacia el oeste, donde ya aparecían, donde iban a pasar, muy cerca, a nuestra derecha, algunos riscos, una ribera. Una mirada, un temblor interior: una memoria dentro de mí, más profunda que la conciencia, o más presta al acecho, lo había comprendido antes que yo. ¿Es posible? ¡Sí, es Capraia frente a mí, Capraia por su otra orilla, la nunca antes vista, la inimaginable! Bajo esa forma alterada o, mejor, destruida por nuestra proximidad (porque apenas pasábamos a cien metros de la orilla), la isla avanzaba, se abría, se revelaba —breve costa, tierra de nadie, era posible sólo ver un pequeño desembarcadero, un camino que se aleja, algunas casas aquí y allá, una especie de fortaleza sobre el acantilado—, pronta a desaparecer.

Y se apoderó de mí la compasión. Capraia, tú perteneces al mundo de aquí, como nosotros. Sufres la finitud, estás despojada del secreto, aléjate, desaparece en la noche que cae.





gracias al relámpago un día inmovilizado en el cielo... (p. 11)

Y vela ahí, después de haber establecido conmigo otros vínculos de los que nada quiero aún saber, porque sigo llamado por la esperanza, o la ilusión. Mañana veré Zante, Cefalonia, hermosos nombres también y mayores tierras, preservadas por su profundidad. ¡Ah, cómo comprendo el final de la *Odisea*, cuando Ulises reencuentra Ítaca, pero sabiendo ya que volverá a partir, un remo sobre los hombros, adentrándose más allá de las montañas de la otra orilla, hasta que alguien le pregunte sobre el extraño objeto que lleva consigo, mostrando así que nada sabe sobre el mar! Si las orillas me atraen, mucho más la idea de un territorio interior, protegido por la amplitud de sus montañas, sellado como el inconsciente. Camino cerca del agua, miro la espuma que se mueve, signo que busca una forma, en vano. El olivo, el calor, la sal que a la piel se adhiere, qué más desear —sin embargo, es el camino verdadero el que se aleja, más allá, por pasajes rocosos, ocultos cada vez más. Y cuanto más me interno en un paraje del Mediterráneo, más fuerte es el olor a cal de los vestíbulos, los ruidos de la tarde, el temblor del laurel, variando de intensidad, de altura (como se dice de un sonido, ya agudo), hasta la angustia, evidencia, aunque cerrada, y llamado, aunque imposible de comprender.

Del mismo modo, no miro jamás el laberinto de pequeñas colinas —sencillos caminos, pero fondo infinito— del *Triunfo de Battista* de Piero della Francesca, sin decirme: este pintor, entre todas sus preocupaciones tuvo una, que me obsesiona. Pero amo también, bajo ese signo, las grandes planicies cuyo horizonte es tan bajo que los árboles y casi las hierbas lo esconden. Porque entonces lo invisible y lo próximo se confunden, todo lugar es otra parte, y el centro está a dos pasos quizá: desde hace mucho tiempo estoy en el camino, y basta sólo superar un recodo para que pueda percibir los primeros muros, o hablar con las primeras sombras... Es verdad que el mar favorece mi ensoñación, porque asegura la distancia, y significa, para los sentidos, la plenitud vacante; pero ocurre de una forma no específica, y veo que los grandes desiertos, o la trama, desierta también, de las rutas de un continente, pueden ocupar la misma



Este pintor, entre todas sus preocupaciones tuvo una, que me obsesiona. (p. 14)

función, que es la de permitirnos errar, aplazando por mucho tiempo la mirada que a todo abraza, y renuncia. Sí, aun las autopistas de Estados Unidos, sus trenes lentos y como sin término, las zonas devastadas que se extienden frente a ellos —pero en este caso, lo admito, es soñar demasiado, y hacerlo mal. Penetrando con el tren, este año todavía, en el oeste de Pensilvania, bajo la nieve, vi de pronto sobre fábricas tristes, pero entre los árboles de un bosque desmembrado, las palabras contradictorias, *Bethlehem Steel*, y fue de nuevo la esperanza, pero a costa, esta vez, de la verdad de la tierra. Al cesar de buscar el aumento del ser en la intensificación de sus apariencias, acaso no imaginaba ya, cerca de aquí, en una calle lateral, aun la más sórdida, un patio interior donde se empila el carbón, una puerta: y todo, más allá del umbral, montañas y cantos de pájaros, y el mar, ¿resucitados, sonrientes? Pero es así como olvidamos los límites, que son la potencia, sin embargo, de nuestro ser en el mundo. Al aproximarme a Pittsburgh comprendí



¡Qué hermosas fachadas! (p. 17)

cómo el rechazo gnóstico pudo penetrar, poco a poco, en la lengua griega, que no obstante nació de la belleza, y se elevó a la noción de cosmos.

Y lo comprendí aún mejor porque mi nostalgia es también, en sus momentos más oscuros, un rechazo del mundo, a pesar de que nada, como dije antes, me conmueve más que las palabras, y los acentos, de la tierra. Sí, es verdad, nuestra tierra es hermosa, no imagino nada más, estoy en paz con esta lengua, mi lejano dios se ha retirado sólo a dos pasos, su epifanía es la sencillez: y a pesar de todo eso, sólo pensar que la vida